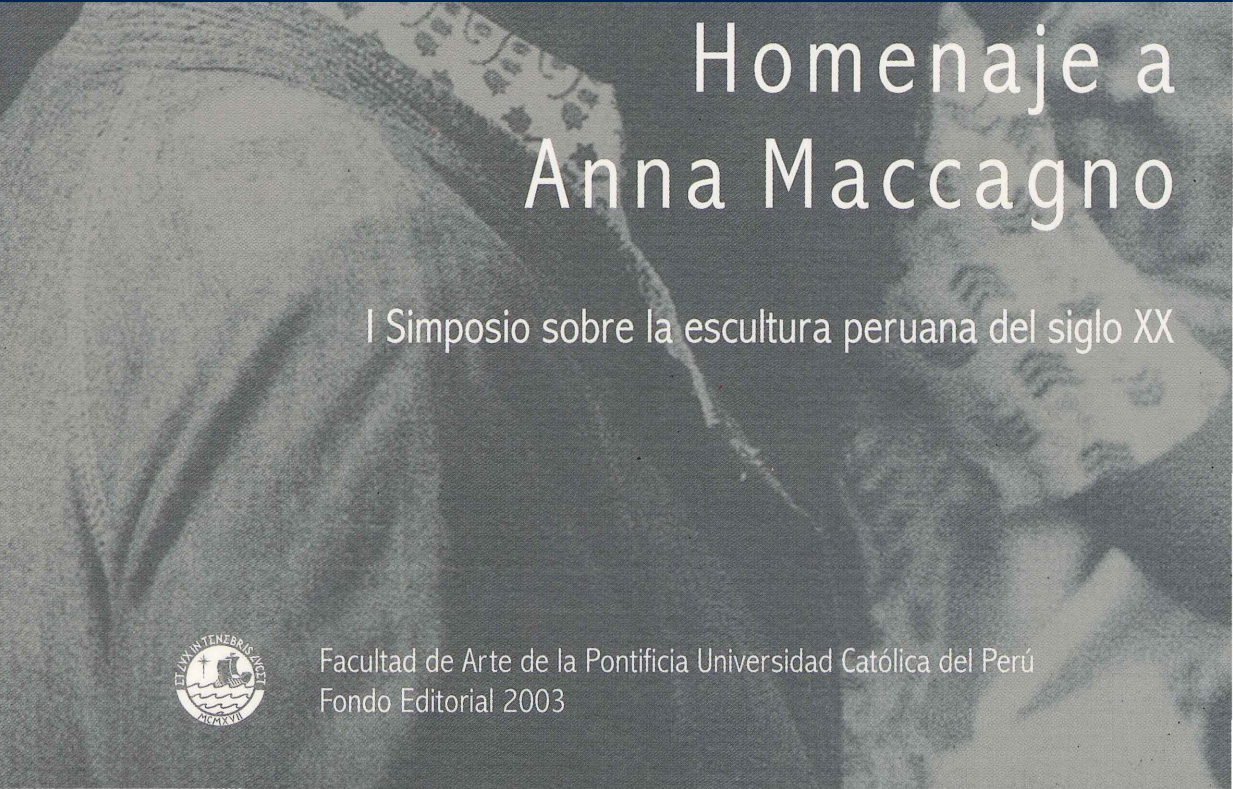




Capítulo 17



Homenaje a Anna Maccagno

I Simposio sobre la escultura peruana del siglo XX



Facultad de Arte de la Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 2003

Primera edición: enero de 2003

*Homenaje a Anna Maccagno.
I Simposio sobre la escultura peruana del siglo XX*

Copyright © 2003 por el Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Lima I
Teléfono: 330-7410 / 330-7411
Telefax: 330-7405
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño gráfico: Fondo Editorial de la PUCP
Impresión: Tarea Asociación Gráfica Educativa

Derechos reservados, prohibida la reproducción de
este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 150105-2003-0258
ISBN: 9972-42-524-X

Impreso en el Perú - Printed in Peru

La idea è buona, ma no te ha salido...

Un profesor, incluso un buen profesor, enseña su materia, moviéndose dentro de los límites de su especialidad.

El maestro es mucho más que eso, ya que es aquel que es capaz de rebasar los límites de su especialidad, rebalsando y esparciendo su influencia benéfica hacia distintas esferas de la personalidad del alumno. Es aquel que a través de la enseñanza de una materia penetra profundamente en el alumno, influyendo no sólo a nivel cognitivo, sino sobretodo a nivel espiritual.

Anna era maestra. Tenía el convencimiento de que no basta transmitir conocimientos, sino que hay que actuar sobre el espíritu del alumno. El convencimiento de que la enseñanza es un trabajo largo, de ida y vuelta, por el que a través de la práctica de la escultura se moldea y tiempla la personalidad del alumno, y esta personalidad trabajada con paciencia y rigor, día a día, pasito a paso, será la base indispensable para que el alumno se pueda convertir en un buen artista.

Tenía clarísimo que el artista no es algo que se forma en 6 años de universidad, sino que es una búsqueda personal, que dura toda la vida. Ella, más que enseñar escultura, buscaba que el alumno interiorice las bases que le permitirán continuar y perseverar en esa búsqueda.

Por eso para ella lo importante no es la escultura que hace el alumno, el objeto escultórico aislado no es el fin que justifica los medios, sino que lo fundamental es que el alumno, ejercicio tras ejercicio, empiece a adquirir las cualidades humanas sobre las que se puede construir la excelencia: una exigencia consigo mismo que lo lleve a dar lo máximo, sin concesiones. La práctica de esta exigencia lo llevará a descubrir el amor y honestidad con su propio trabajo, que se traducirán en búsqueda, experimentación y conocimiento.

Todo lo que Anna era como maestra fue consecuencia de su personalidad generosa, limpia y positiva, que amaba la vida y la gente. Una innata curiosidad y respeto hacia las personas le hacía dar siempre el beneficio de la duda ante una situación equívoca. La sabiduría y el espíritu templado, propios de quienes han vivido épocas realmente duras le permitían distinguir lo primordial de lo secundario. Esto la hacía particularmente abierta y tolerante. Las discusiones crudas las tomaba con esa filosofía del mediterráneo, donde el hablar claro y directo es costumbre y virtud.

Lo único que no toleraba era la prepotencia, la mezquindad y «el gato por liebre».

Su manera de enseñar no era la aplicación de una técnica efectiva, de un método aplicado indistintamente en todos los alumnos.

Ella se comprometía totalmente con sus alumnos, se empapaba de la personalidad de cada uno de ellos gracias al contacto diario.

Este conocer de cerca a su alumno, mas una combinación de profunda sabiduría y fina sensibilidad la convertían en una psicóloga empírica que intuitivamente sabía cómo llegar a cada uno de sus alumnos, cómo empujarlos a que avancen siempre más allá.

Creo que pocos maestros han influido tan positivamente sobre tantas personas. Tengo la suerte de poder contarme entre ellas.

VERÓNICA CROUSSE